

de Oro, en Bourgoín? Champagneu ha referido tan extraña ceremonia en sus *Memorias* y su relato vale la pena de ser leído. Rousseau, perseguido con motivo del *Emilio*, había adoptado el nombre de Renou.

El 29 de agosto (1778), cuenta Champagneu, me convidó á comer para el día siguiente y dirigió la misma invitación á mi primo el Sr. de Rosière. Nos adelantamos á la hora fijada y encontramos á Rousseau mejor vestido que de ordinario; el traje de la Sta. Renou (Teresa) era también más esmerado. Condújonos á ambos á una habitación retirada y allí nos rogó que fuésemos testigos del acto más importante de su vida; tomando inmediatamente la mano de la Sta. Renou, habló de la amistad que los reunía desde hacia veinticinco años y de la resolución que había adoptado de hacer indisolubles aquellos lazos mediante el matrimonio. Preguntó á la Sta. Renou si participaba de sus sentimientos y habiendo respondido ésta que sí, transportada de ternura, Rousseau, cogiendo entre las suyas las manos de la Sta. Renou, pronunció un discurso en el que trazó un cuadro encantador del matrimonio. Se fijó en algunas circunstancias de su vida y revistió con tan vivo interés y tal encanto todo lo que decía, que la Sta. Renou, mi primo y yo llorábamos á lágrima viva, arrastrados por su ardiente elocuencia; elevándose luego hasta el cielo, adoptó un lenguaje tan sublime, que nos fué imposible seguirle; echando de ver en seguida la gran altura á que se había elevado, fué bajando poco á poco á la tierra y nos tomó por testigos del juramento que hacía de ser esposo de la Sta. Renou, rogándonos que no lo olvidásemos nunca. Recibió la promesa de su querida y se abrazaron mutuamente. Á esta escena de ternura sucedió un profundo silencio. De la ceremonia pasamos al banquete de boda. Ni una ligera nube cubrió la frente del recién casado; estuvo muy alegre durante toda la comida y á los postres cantó dos cancioncitas que había compuesto para su matrimonio.

¡ Qué curiosa escena, á la vez cándida y teatral, en la que Rousseau toma el aspecto de un alucinado que dice extravagancias, con intervalos lúcidos en los que tararea estribillos á semejanza del *Bonhomme Jadis* de Murger! ¡ Qué ironía también en esta consagración solemne de la ilegalidad, consumada en presencia del alcalde de Bourgoín! ¿ Se mostró Teresa sensible á esta prueba de amor? Es de presumir que su natural bonachón se conmoviese con todo aquel aparato, que llorase mucho como los demás; pero en el fondo, si la ceremonia no hubiera tenido lugar, esto no le hubiera quitado el sueño. Continuó la misma vida que antes, utilizando sus relaciones con el filósofo, adulando á su protector y buscando por otra parte el desquite de la sujeción y el fastidio que le imponía este papel interesado. La duración y el hábito acaban por embotar los cariños hipócritas. Ya había pasado el tiempo en que Juan Jacobo y Teresa se complacían en comer modestamente junto al ventanillo de su buhardilla, satisfechos con aquella vida bohemia. Teresa engañó á su marido de todos los modos posibles, en particular con un palafrenero vecino suyo, lo cual pone de relieve más que

ambición ó deseo de distinguirse, desvergüenza. La antigua criada se volvía hacia sus iguales. Como se decía entonces, hubiera podido dar á Juan Jacobo un colaborador más digno.

Á la muerte de Juan Jacobo pensó ante todo en los derechos de autor. Esta mujer no veía otra cosa que su codicia. Escribió un billete lleno de disparates y que la pinta muy á lo vivo

Vivió con un jardinero en Plessis-Belleville, recibió una pensión de la Convención y murió á los ochenta y un años¹.

Volvamos á Juan Jacobo.

Después de haber contraído tan admirables relaciones, se dedicó á escribir, compuso una biografía de un obispo, comedias, versitos, no dejó piedra por remover, y buscó protecciones hasta que logró al fin ser nombrado secretario de un embajador que se lo llevó á Venecia. Quedó muy satisfecho de su permanencia en aquel medio corrompido y volvió á Paris después de haber conocido de cerca la política y meditado sobre el *Contrato Social*.

Tenía esto lugar en 1744. Entonces buscó la fortuna en las bellas letras, hizo un baile que fué representado en casa del Sr. de la Popelinière, arregló una ópera de Voltaire y entró en relaciones con éste. Secretario de la Sra. Dupin y del Sr. de Franqueil, les ayudaba en sus trabajos de química y de literatura, y escribió para ellos su comedia *El Compromiso Temerario*. Fundó un periódico del que sólo se tiró un número y entró en la *Enciclopedia*, donde conoció á Marmontel, á Grimm y á Diderot.

Como éste, después de su *Carta acerca de los Ciegos* (1749) se hallase preso en Vincennes, Rousseau, al ir á verle un día, leyó en un periódico que la Academia de Dijon abría un concurso con el siguiente tema:

« Si el progreso de las ciencias y de las artes ha contribuido á corromper ó á purificar las costumbres ».

Por consejo de Diderot, trató este punto del modo menos vulgar, haciendo el proceso de la civilización. Su opúsculo obtuvo la recompensa y excitó la mayor curiosidad (1750). Este triunfo le turbó y le reveló su destino que, según aparecía claramente á sus ojos, consistía en consagrarse al servicio de la verdad. Tomó por divisa: *Vitam impendere vero*, presentó su dimisión de secretario y se hizo copista de música para conservar toda su independencía. Renunció á los trajes de moda, vistiéndose con modesta sencillez, usando peluca redonda y casaca oscura y representó muy al vivo su nuevo papel de filósofo original. El éxito de su ópera *El Adivino de Aldea* (1752), le procuró con qué vivir durante

1. Fué la digna compañera del hombre que, según declaró él mismo en sus *Confesiones*, echó á sus hijos á la inclusa; del que, por pura vanidad cubrió con eterno baldón á su bienhechora y dejó otros muchos testimonios de su falta de sentido moral. Su única disculpa es su inconciencia, ó su locura.
(N. del T.)

algún tiempo; entonces tomó posiciones y se presentó como censor de las costumbres de su época. Habiendo preguntado la Academia de Dijón cuál era el origen de la desigualdad entre los hombres (concurso de 1774), Juan Jacobo Rousseau respondió con una teoría audaz y republicana contra la propiedad.

Abjurando el catolicismo, volvió á la religión protestante y Ginebra celebró la vuelta del hijo pródigo. Durante una breve permanencia en dicha ciudad (1754) meditó acerca de su proyecto de libro: *El Contrato Social*, y tomó apuntes de paisajes para su *Heloïsa*. Al volver á París aceptó la hospitalidad de la Sra. de Epinay.

El 9 de abril de 1756, se instaló Rousseau en el Ermitage, en la casita que le ofreció la Sra. de Epinay y que existe aún en un pintoresco y sombrío rincón cerca de Montmorency y de las granjas que conservan los viejos y encantadores nombres de Vert-Galant y Temps-Perdu. Al salir de Deuil se pasa por delante del famoso castillo de la Chevrette, residencia de los Sres. de Epinay, del que sólo queda un pozo de piedra con balaustrada de madera, una verja y un cuerpo de edificio invadido por la hiedra, la mostaza, el botón de oro y la celidonia. Algo más lejos se encuentra el Ermitage, llamado así porque en aquel sitio habitaron varios ermitaños en el siglo diez y siete. Uno de ellos hizo edificar una capilla; el que le siguió logró además tener una cabaña y un jardincillo y á esta cabaña se agregaron otras. Á principios del siglo diez y ocho el terreno y las construcciones pertenecían al príncipe de Condé. El Sr. de la Live Bellegarde lo compró todo y gracias á esto pudo la Sra. de Epinay disponer de la casita edificada en aquel sitio y que fué residencia célebre de Rousseau, Robespierre¹ y Gretry. Este último enseñaba con orgullo la cama de madera de Juan Jacobo, la mesa en que debió escribir la *Nueva Heloïsa*, una modesta librería, un barómetro, dos grabados *The Soldier's return* y las *Virgenes prudentes* y las *Locas*, así como el rosal de la canción:

Je l'ai planté, je l'ai vu naître².

En el Museo Carnavalet se ve un tintero de Juan Jacobo Rousseau que perteneció sucesivamente á Gretry, á Bouilly y á Despaty, el cual lo legó

1. Sabido es que Robespierre fué ferviente discípulo de Rousseau. Habiéndose apoderado del poder quiso plantear las doctrinas de su maestro haciendo degollar á diestro y siniestro, en nombre de la humanidad á todos los que no pensaban como él. (N. del T.)

2.

Yo lo he plantado y lo he visto nacer.

á Villemain, secretario perpetuo de la Academia francesa; éste se lo dejó á su yerno Enrique Alain Targé, cuya hija, la Sra. de La Porte, lo regaló al museo. Dupaty ha hecho la siguiente descripción del tintero:

« Una bandeja de cobre incrustada en ébano que contiene una esponja redonda, y, en medio de la bandeja un tonelito de ébano con tapadera de cobre, con un anillo. En uno de los lados de la bandeja hay la siguiente inscripción:

ESCRIBANÍA DE J. J. ROUSSEAU

LEGADA POR GRETRY Á SU AMIGO BOUILLY

EN SEPTIEMBRE DE 1813

Es una curiosa peregrinación la visita á la comarca que habitó Rousseau en Montmorency. Las alamedas por donde caminaba el ermitaño soñando en Sofía, se hallan hoy invadidas por tabernas, casinos, alquiladores de asnos y fondas baratas. El nombre de Rousseau sirve de muestra á muchas de dichas tabernas, y su gloria ayuda á ganarse la vida á los posaderos después de haber enriquecido á los editores. Por aquellos sitios donde el filósofo se complacía en herborizar, venden los jardineros ramilletes de flores.

Uno de los hoteles se titula: *Al Ermitage de J. J. Rousseau*.

En la explanada que precede á la modesta vivienda, se ven algunas encinas y castaños, bajo cuya sombra se yergue un kiosco de madera para los músicos. Los árboles alternan con farolas de forma antigua y allí se baila los domingos.

Por los troncos cubiertos de verdín, trepan las enredaderas y la lambrusca, y la sombra de aquel silencioso bosque, desierto durante la semana, parece haber conservado aún el eco de los pasos del filósofo y de los gritos de Teresa. Si se pregunta á los transeúntes por la casa de Juan Jacobo, todos la conocen y la enseñan. Es la curiosidad de la comarca. Aquella gente vive de ella como los hoteleros de Suiza del recuerdo de Guillermo Tell ó de la salida del sol sobre el Righi. Rousseau es la atracción, la riqueza del país. Un posadero deploraba en mi presencia que se hubiese vendido la casa á un particular, porque ya no la visitan.

Sólo queda, decía, la Castañeda, que es el jardín de nuestro restaurant. Se trata de venderla para construir villas, y entonces nada quedará *digno de verse* en el país.

El sueño y la ambición de todo indígena consiste en poder enseñar á los ingleses algo de Rousseau, las piedras de su habitación, las huellas de sus pasos en el suelo. Se convierten en *barnums* retrospectivos del filósofo y agregan su nombre ilustre á las tortillas baratas. Sólo falta que los mercaderes de recuerdos ofrezcan la fotografía del ermi-

taño en los pallilleros. Pronto no será posible enseñar sino los campos por donde solía vagar, los árboles que le prestaron abrigo en sus paseos y el aire que respiró. Su casita muy blanca, con blancas maderas, en el recodo de una calle, formada por las verjas y tapias de numerosas casitas de campo, se halla hoy habitada. Nada queda del estado primitivo á no ser las piedras. Al presente es una « villa » cómoda, rodeada por un jardín florido que cerca una tapia y que se divisa desde el camino á través de una verja pintada de negro. No se ve la conmovedora poesía de las Charmettes, conservadas en su integridad primitiva. Por encima del aguilón de la fachada se ve aun una armazón de hierro de la que pendía una campana, pero todo ha desaparecido, badajo, polea y cadena, acaso la misma de que tiró la Sra. de Houdetot con su mano enguantada cuando fué á visitar al ermitaño, riendo á carcajadas á causa de la lluvia que la azotaba.

Por los entornados postigos penetra la imaginación en aquel recinto que vuelve á poblar y á reconstituir, auxiliada por los documentos más exactos, tales como la declaración de propiedad hecha por Juan Jacobo en provecho de Teresa, su criada, á la que reconoce todos los derechos sobre su mobiliario de Montmorency, desde los morillos, candeleros, despabiladeras, planchas, cubrecamas de sarga verde con cintas de seda, el tapiz de Bérgamo y el espejo de tocador con marco de madera roja hasta la butaca forrada de tapicería hecha á punto de aguja, el reloj de madera, las dos estampas, el vasar cerrado con puertas, en fin todo el moblaje harto modesto que nos da la idea de una vivienda pobre y humilde, y cuya mudanza al Ermitage fué contada por la Sra. de Epinay con la animación y gracia más cómicas.

Á los que no quedan satisfechos con esta visita incompleta, les enseñan al otro lado del camino una rústica vivienda; en ella había establecida en otro tiempo una taberna cuyo propietario, á fin de atraer parroquia, la cubrió de inscripciones y la adornó con bustos, cual si realmente hubiesen vivido allí Rousseau y Grétry. Un posadero vecino me aseguró que todo aquello había sido una superchería del tabernero. ¿Se funda esta aserción en la realidad ó es la difamación interesada de uno del oficio? Mucho se ha disputado y se disputa con respecto á la vivienda de Rousseau, lo mismo que sucedió con la de Homero.

Si no habitó en esta modesta casita, es una lástima, porque está admirablemente situada. Hoy día ha desaparecido la taberna y hasta sus mismas ruinas están á punto de desaparecer. Pronto sólo quedará el recuerdo de Rousseau, de Grétry y del tabernero. En las laderas se ha abierto la zanja de un camino por el que circulan las vagonetas. El antiguo huerto se halla cercado por un enrejado y cerrado por una puerta de carcomida madera. La hierba ha invadido los senderos y brota espesa bajo los copudos árboles. La casita, recostada sobre la ladera, se halla

en lamentable estado y se va cayendo á pedazos en medio del abandono y la soledad que convienen á la melancolía de su posición y de sus recuerdos. El techo de obscuras tejas se halla hundido y cae la lluvia en los desvanes; las ventanas están en parte tapiadas; algunas de ellas desmanteladas, se hallan cerradas por algunos tablones mal unidos; una inscripción medio borrada cubría una gran parte del aguilón y anunciaba que allí habían vivido Rousseau y Grétry. En las piedras se ve un hueco que indica el sitio ocupado en otro tiempo por un antiguo busto de Juan Jacobo. Los visitantes han inscrito sus nombres en el yeso. Todo está desierto y lamentablemente desolado. Es el duelo de la gloria, más triste tal vez que el de los humildes. De una casa inmediata salen revoloteando ligeras notas á través del follaje; seguramente es alguna joven que teclea sin cuidarse para nada de los amores de Sofía. Á lo lejos, hacia Sannoy, en medio de la atmósfera clarificada por la lluvia, surgen algunas techumbres entre grupos de árboles, destacándose como puntos brillantes sobre la sombría verdura. Parecen casitas antiguas que acaso vieron pasar los trenes de los castillos de Epinay ó de Eau bonne en tiempo de sus ilustres huéspedes.

Allí fué á refugiarse Rousseau en el mes de abril. La Sra. de Epinay ha descrito con mucha gracia la mudanza.

« Por la mañana la Sra. de Epinay envió una carreta á la puerta de Rousseau para transportar las cosas que quería llevarse; la acompañaba uno de sus criados. El Sr. Linant montó á caballo desde por la mañana para vigilarlo todo y para que la Sra. de Epinay no volviese sola. Á las diez fué á buscar á Rousseau en su carroza, llevándose con sus dos amas de gobierno. La madre de Teresa era una vieja de setenta años, pesada, gorda y casi impotente. El camino desde la entrada del bosque es casi impracticable para un carruaje; la Sra. de Epinay no había previsto que sería difícil transportar á la buena vieja y que ésta no podría hacer el resto del camino á pie; fué pues preciso clavar en un sillón unos palos muy fuertes y transportar á brazo á la Sra. Levasseur hasta el Ermitage. » Los primeros días encantaron á Rousseau, que expresaba su satisfacción en esta forma:

« Me hallaba tan fastidiado de los salones, de los surtidores, de los bosquetes, de los parterres y más aún de los que se complacen en enseñar todo esto; me hallaba además tan harto de folletos, de clavicordio, de necias ocurrencias, de insulsos remilgos, de los pequeños conciertos y de las grandes cenas, que cuando divisé aquel pobre matorral, aquel humilde seto, aquella granja y aquel prado, cuando, al atravesar una aldea, husmé el olor de una excelente tortilla de hierbas; cuando oí á lo lejos el rústico estribillo y la canción de las segadoras, dí al diablo afeites, faralaes y ámbar y echando de menos la comida rústica con vino del país, de buena gana hubiera abofeteado al mayordomo y al cocinero que me hacían comer á la hora de cenar.

la hora de dormir; pero sobre todo á los lacayos, que devoraban con la vista las tajadas de mi plato y, so pena de morir de sed, me vendían el mal vino de sus amos diez veces más caro que el que yo hubiera pagado de mucha mejor calidad en la taberna. »

Puso fin á aquella pastoral su pique con la Sra. de Epinay. Á ella no le gustaba su preferencia en favor de la Sra. de Houdetot, ni él le perdonó las bondades que tuvo con Grimm¹. Más tarde la Sra. de Epinay compuso é hizo grabar, en las paredes del Ermitage, unos versos bastante medianos.

Durante su permanencia en el Ermitage, recogióse Juan Jacobo. Tenía cuarenta y cuatro años. Se dejó de copias de música y de artículos y compuso sus obras maestras: *El Contrato Social*, *La Nueva Heloísa* (1758) y *El Emilio* (1762). Este último libro, que glorificaba la religión natural, fué condenado y quemado por mano del verdugo.

Sorprendióle la noticia hallándose en la cama en su alcoba del Ermitage, en el momento en que acababa de quedarse dormido leyendo el libro de *El Levita de Efraín* la noche del 8 de julio. Reunió precipitadamente sus papeles, confió sus llaves al mariscal de Luxemburgo, su huésped, despidióse, en el entresuelo, de Madama de Luxemburgo, de Madama de Boufflers, de Mirepoix, y de Teresa y al día siguiente, á las cuatro de la tarde, salió en cabriolé para París. Encontró en el camino á los alguaciles que iban á prenderle; saludáronle y este saludo calmó algo el terror que revela el relato de Rousseau. Iban á prenderle por la forma, avisándole á tiempo para permitirle huir. Atravesó á París y fué reconocido por varias personas, pero nadie pensó en detenerle.

El fugitivo se dirigió á marchas forzadas hacia Villeroy, pasó por Salins, halló el tiempo muy largo y los almohadones del carruaje muy duros y empleó el ocio del camino en componer un *Levita de Efraín* con el tono de dulce emoción de Gessner. Llegó al fin al territorio de Berna é hizo parar el coche para prosternarse y bendecir aquella tierra de libertad, con gran asombro del postillón. Apresuróse á llegar á Yverdun, pequeña ciudad al sur del lago de Neufchatel, adonde fué á sorprender á su excelente y antiguo amigo Sr. Roguin, que se había retirado á dicho punto desde hacía algunos años.

Allí conoció á la sobrina de su huésped, su futura bienhechora, Sra. Boy de la Tour.

1. Es extraordinaria la importancia que tienen las mujeres en la literatura francesa. Si se exceptúa Boileau y alguno que otro caso raro, no hay autor que no aparezca entre faldas y que no saque cuidadosamente á relucir la historia de sus amores. En cambio los poetas y escritores españoles apenas si cantan al objeto de su pasión encubiertos con los pseudónimos de *Filis*, *Amarilis*, etc., muchos de los cuales son todavía un misterio para la crítica.

Juan Jacobo halló tan agradable su residencia de Yverdun que resolvió fijarse allí accediendo á las instancias del Sr. Roguin, de toda su familia y del bailío. El coronel, que era pariente del mismo, le ofreció un pabelloncito con jardín, al que trasladaron algunos muebles. Juan Jacobo escribió á Teresa que acudiese á unirse con él, cuando de repente recibió el bailío del senado de Berna la orden de expulsar de territorio al autor del *Emilio*. Todos los pasos dados en su favor fueron inútiles. Hubo que recoger nuevamente el equipaje. Pero ¿adónde ir? El infortunado Rousseau se veía arrojado de Francia, odiado en Berna, detestado en Ginebra, donde el ministerio francés ejercía aún más influencia que en París y donde el *Discurso sobre la Desigualdad* había excitado las iras del consejo.

Entonces fué cuando la Sra. Boy de la Tour le ofreció darle asilo en una casa amueblada propiedad de su hijo en la aldea de Motiers, en el Val-de-Travers, condado de Neuchâtel, á poca distancia de Yverdun, en la otra vertiente de la montaña. Él aceptó y la Sra. Boy le dió, al despedirse, como recuerdo, un acerico para alfileres, por el que él le dió las gracias en su primera carta, y que prometía besar alguna vez «en recuerdo de tiempos mejores».

Abandonó la casa de su amigo acompañado por el coronel Roguin y atravesó la montaña que separa á Yverdun de Motiers. La cuñada de la Sra. Boy de la Tour, Sra. de Girardier, le ayudó con muy buena voluntad á instalarse; comió en casa de dicha señora entretanto que llegaba Teresa.

Escribió desde allí á la Sra. Boy cartas muy divertidas por su minucioso realismo, haciéndole multitud de encargos para su menaje. Pedíale lenguas de Neuchâtel, «que son algo menos malas que las de Moutiers, á lo menos las saladas», aceite de Aix, velas de seis en libra, «porque las que se encuentran por aquí son detestables» (25 de agosto de 1764), cuerda para hacer paquetes, vino, confituras, maniquetes de seda para regalárselos á Teresa, medias de pañete, y, cuando se hallaba en Bourgoin, un anillo de oro para su casamiento; papel de cartas algo más fuerte que el en que escribe, pero blanco y fino (27 de marzo de 1773); broches para un jubón de mujer y unos anteojos (17 de enero de 1749); pregunta por las señas de sus proveedores, por un tendero de comestibles, un papelerero, un mercero, un quincallero y un buen cerero.

Para primero de año de 1764 quiere dar una sorpresa á Teresa, haciéndole un lindo regalo, un manguito de señora muy bonito. Lo encarga, pero en el intervalo halla en Motiers uno de lance. Inmediatamente envía una esquelita: «¡Ya no necesito manguito!» Y agrega, por vía de posdata estas palabras que pintan al hombre: «Le ruego que agregue al pedido, en lugar del manguito, un gorro de dormir de

lana fina para mí y que sea de los más grandes, porque tengo la cabeza gorda.» Esta rectificación que priva á su querida de un manguito nuevo para comprarse él un gorro de dormir, es un rasgo característico.

Cuando se instala en Bourgoin, cuida de reducir los gastos: « Me han prestado unos cuchillos y un molino para el café. De esta suerte, si no se han comprado aún dichos artículos, pueden suprimirse de la lista.» Bourgoin, 9 de septiembre de 1768.

La figura de Juan Jacobo aparece á través de esta correspondencia como iluminada por una luz nueva, como si dijéramos por los reflejos de un hornillo de cocina. El autor del *Contrato Social* se nos aparece rodeado de las ocupaciones más triviales de su modesto hogar, con un paquete de velas y una libra de café debajo del brazo; el despacho donde escribe la *Carta de Cristóbal de Beaumont, arzobispo de París* y las *Cartas de la Montaña* adquiere cierto aspecto de tienda de ultramarinos, donde los tarros de dulce alternan con la última obra de Morellet y donde las *Cartas escritas desde el campo* por Tronchin descansan encima de dos planchas. El gran filósofo, en medio de sus sublimes ensueños, lleva la cuenta de los gastos, clava estampas en la pared con alfileres y se entera de si hay aún yesca y palillos para dientes encima de la chimenea; el escritor aparece como hombre casero, práctico, arreglado y minucioso, que vigila por sí mismo todo lo relativo á la casa¹. Pues ¿qué diremos de su traje de armenio? Porque adoptó dicho traje, lo cual fué un acontecimiento del que se habla aún.

¿Por qué se vistió Rousseau de armenio? Se ha dicho que lo hizo por motivo de salud, lo cual es posible; pero esto no explica por qué escogió precisamente el traje armenio y no una simple bata. ¿Qué le valió á Armenia el homenaje de semejante predilección? Los diferentes informes que nos comunica Juan Jacobo acerca de este punto no concuerdan entre sí. En las *Confesiones* dice que le había ocurrido diferentes veces la idea de este disfraz en el curso de su vida y al fin se decidió á adoptarlo en Montmorency. Allí iba con frecuencia un sastre armenio á ver á un pariente suyo, y como Rousseau temía no encontrar en todas partes sastres armenios, porque esta clase de obreros no abundan, consultó el caso con Madama de Luxemburgo, y habiéndole dado esta su aprobación, encargó el traje exponiéndose al qué dirán. El qué dirán le causó más inquietud de lo que él declara; puesto que no adoptó su nuevo disfraz sino más tarde en Motiers, no sin solicitar antes la aprobación del pastor.

1. Es admirable la inconsciencia de aquel refinado egoísta cuya tranquilidad no turba un solo instante el recuerdo de los hijos inocentes condenados por él á la miseria y á la deshonra, como miseros expósitos. Por eso algunos de sus admiradores niegan la existencia de tales hijos y suponen que el filósofo consignó el hecho en sus *Confesiones* por pura vanidad y para disculpar su impotencia. (N. del T.)

En las cartas á la Sra. Boy de la Tour, dice que tomó por modelo á un armenio á quien vió en casa de Mylord Marechal.

Por último, sea cualquiera el modelo que escogiera para su disfraz, puso en él el mayor cuidado y sus recomendaciones al comisionista de Lyon nos ponen al corriente de los más insignificantes detalles.

He aquí, para los pintores del porvenir, su retrato de cuerpo entero.

La túnica de invierno es larga, de barragán, forrado con excelente y sólido forro que forme vueltas en las mangas. Para el verano, el caftán de camelote de seda con adornos de marta ó de conejo. La prenda de debajo es el dormán. La tela es de color gris, pues no quiere colores vivos « que pierden mucho con el sol ». Conviene que la tela sea barata, pero « que no se corte ». Á veces suelen hallarse excelentes ocasiones « en los retazos de los almacenes ». Sería preciso buscar. Sin embargo, para el ribete exterior debe escogerse excelente piel. Puede tomarse de marta á setenta y cinco libras ó de gris á noventa y seis libras. El traje lo corta un sastre armenio; pero sería bueno hallar uno de estas tierras para que copiase los patrones á fin de que otra vez saliese más barato. Este traje no tiene por objeto sino satisfacer la coquetería, pero sin embargo es preciso que sea decente y decoroso. Como desea no quitárselo, conviene que pueda presentarse en todas partes con él hasta en casa de Mylord Marechal y en la iglesia. No le gustaría que le acusasen de ir al templo con bata; ni siquiera se atrevió á entrar en él con traje de armenio hasta después de haber recibido la aprobación del Sr. Montmolin, el pastor.

El traje iba ceñido á la cintura por un ceñidor en cuya elección empleó Juan Jacobo toda su energía. No encontraba tela bastante elegante ni bastante vistosa. Tuvo varios, ya de redecilla de seda, ya de seda asargada, ya de tela listada. Es preciso que tenga más de dos varas y media con todo el largo de la tela, porque hace pliegues. Cierta día le enviaron un cinturón demasiado corto y nuestro económico filósofo se irritó, pues tenía que sujetarlo con alfileres « lo cual desgarró la tela ». Las dos puntas del ceñidor debían estar adornadas con una linda franja de cuatro dedos de ancha, del mismo color que la borla del gorro.

Porque no hay que olvidar el gorro, forrado de piel de cordero de Tartaria en invierno ó con un simple ribete en verano y guarnecido interiormente con tela de Silesia ó de Carcasona. La toca estaba adornada con un galón de oro y una borla de lo mismo. « Es preciso que no parezca un gorro de dormir »; por eso, á pesar de su repugnancia, tuvo que resolverse « á llevar cosas doradas ». Sucedió á veces que la piel demasiado espesa hacía que el gorro no entrase bien en la cabeza; así pues, tomó la precaución de acompañar á la carta del pedido un hilo que daba la medida de su cabeza (27 de marzo de 1763).

¿Puede darse nada tan divertido como el ver á aquel profundo filó-